

EN EL CENTENARIO DE HUMBOLDT

Por LUIS DUQUE GOMEZ

El 6 de mayo del año de 1959 se cumplió un siglo de la muerte del sabio naturalista alemán, el Barón de Humboldt. Todos los centros científicos y culturales del mundo entero recordaron, con actos académicos, el significado de la obra de este hombre extraordinario en el progreso de la ciencia universal y en especial la América, que tan íntimamente está ligada a sus observaciones científicas. Colombia, que contó con su visita cuando aquí se desarrollaba el movimiento de la Expedición Botánica, rindió también tributo a la memoria de quien en páginas inolvidables dejara un recuerdo imperecedero de sus viajes a través de nuestros grandes ríos, de nuestras extensas llanuras y faldas cordilleranas.

Desde temprana edad, Humboldt sintió un atractivo especial por los estudios de la naturaleza y por las obras de los grandes viajeros. Leamos lo que escribe en el II Tomo de *Cosmos*:

“Al enumerar las causas que pueden llevarnos hacia el estudio científico de la Naturaleza, debemos recordar también qué impresiones fortuitas y en apariencia pasajeras, de la juventud, han decidido en muchas ocasiones de toda la vida. El sencillo placer que causa ver en los mapas geográficos la forma articulada de ciertos continentes; la esperanza de contemplar esas hermosas constelaciones australes que jamás presenta a nuestra vista la bóveda de nuestro cielo; las imágenes de las palmeras de la Palestina o de los cedros del Líbano que contienen las sagradas escrituras, pueden engendrar en el fondo del alma de un niño la afición a expediciones lejanas. Si me fuese permitido preguntar ahora a mis más antiguos recuerdos de mi juventud, y señalar el atractivo que me inspiró desde el principio el deseo irresistible de visitar las regiones tropicales, citaríá las pintorescas descripciones de las islas del mar del Sud, por Jorge Forster; los cuadros de Hodges que representan las orillas del Ganges, en la casa de Warren Hastings de Londres;

y un drago colosal que vi en una antigua estufa del Jardín Botánico de Berlín”.

Fue Humboldt, como se ha dicho, el verdadero descubridor del Nuevo Mundo. Por espacio de cinco años recorrió el laberinto de las cordilleras andinas, en Sur América, la América Central, y su mirada de investigador estuvo en todo momento lista a inquirir la causa de los fenómenos de una naturaleza que se ofrecía en formas nuevas ante el mundo científico de la época y que constituía por esta misma razón un inmenso laboratorio para el estudio de la botánica, la geología, la zoología, la astronomía y la fisiografía en general. Jamás un viajero del mundo hiciera antes tanto como Humboldt en el conocimiento y estudio sistemático de sus realidades.

No obstante lo intrincado de las causas y efectos que Humboldt trató de explicar en el mundo físico a la luz de los conocimientos científicos de su época, sus explicaciones se formularon siempre en un estilo ameno, emocionado y a veces grandilocuente, que refleja hasta qué punto su alma vivió profundamente estimulada por las maravillas de la naturaleza. Dueño de admirables recursos literarios, sus narraciones constituyen cuadros maestros del mundo físico y biológico, a través de los cuales la explicación de los fenómenos surge en forma sencilla al alcance aun de las inteligencias medianas. El mismo lo admite así en la introducción de *Cosmos*: “La aridez nace frecuentemente de la concisión, mientras que el intento de abrazar a la vez excesiva multiplicidad de objetos produce falta de claridad y de precisión en el encadenamiento de las ideas. La naturaleza es el reino de la libertad, y para pintar vivamente las concepciones y los goces que su contemplación profunda espontáneamente engendra, sería preciso dar al pensamiento una expresión también libre y noble en armonía con la grandeza y majestad de la creación”.

No dejó de advertir tampoco, este viajero del mundo, la influencia que en el carácter mismo del hombre ejerce el contacto libre y permanente con la naturaleza. El poder tranquilo de sus fuerzas, que endulzan el dolor y calman las pasiones cuando el alma se siente íntimamente agitada. “Estos beneficios los recibe el hombre —escribe— por todas partes, cualquiera que sea la zona que habite; cualquiera que sea el grado de cultura intelectual a que se haya elevado”. Humboldt viajó con anhelo de

descubrir mundos nuevos, para ensanchar el horizonte, para conocer los nuevos espacios visibles de la bóveda del cielo, convencido como estaba con Garcilaso de la Vega de que "al atravesar el hombre latitudes diferentes, ve cambiar al mismo tiempo la tierra y los astros".

Pero era en la Nueva Granada en donde estaban reservadas a Humboldt profundas emociones y grandes sorpresas científicas. Hasta ahora, sus andanzas por las ilimitadas estepas de la Orinoquia no lo habían introducido por la formación laberíntica de la cordillera, por la encrucijada de los valles longitudinales y transversales, por las vertientes cordilleranas, para poder medir así el influjo del clima de altitud en la morfología de la naturaleza tropical, la sucesión rápida, casi vertiginosa de los pisos térmicos en reducidas extensiones geográficas y su repercusión en cinturones de vegetación y en las formas de la fauna. Impaciente, contaba desde Turbaco, los días y las horas que restaban para iniciar lo que él consideró como una de las mayores posibilidades de su viaje a lo largo de América: ascender hasta las cimas del gran sistema montañoso de los Andes. Sus ojos contemplaron con asombro el cambio rápido de la vegetación a medida que remontaba el río Magdalena hasta la altura de Honda, y el paso del Quindío quedaría para siempre como un hito en sus observaciones científicas y como una experiencia emotiva imperdurable, superada sólo por la ascensión, meses más tarde, por las faldas escarpadas y majestuosas del Chimborazo. "Los países próximos al Ecuador —escribe— tienen otra ventaja sobre la cual no se ha llamado la atención hasta aquí suficientemente. Esta es la parte de la superficie de nuestro planeta en que la naturaleza da vida a la mayor variedad de impresiones, en la menor extensión. En las colosales montañas de Cundinamarca, de Quito y el Perú, surcadas por valles profundos, es dable al hombre contemplar a la vez todas las familias de las plantas y todos los astros del firmamento. Allí, de un golpe de vista se abarcan majestuosas palmeras, bosques húmedos de bambúes, la familia de las musáceas, y sobre estas formas del mundo tropical, encinas, nísperos, rosales silvestres, y umbilíferas como en nuestra patria europea. De una sola mirada se abraza la constelación de la Cruz del Sud, las Nubes de Magallanes y las estrellas conductoras de la Osa que gira alrededor del polo Artico. Allí, el seno de la tierra y los dos hemis-

ferios del cielo ostentan toda la riqueza de sus formas y la variedad de sus fenómenos: allí, los climas, como las zonas vegetales cuya sucesión determinan, se encuentran superpuestos por pisos, y las leyes de decrecimiento del calor, fáciles de recoger por el observador inteligente, están escritas en caracteres indelebles sobre los muros de las rocas, en la pendiente rápida de la cordillera”.

En marzo de 1801 tocó Humboldt nuestras costas, en la desembocadura del Sinú, cuyos alrededores fueron objeto de sus estudios botánicos. En abril llegó a Cartagena, y a los pocos días se trasladó a Turbaco para hacer estudios y preparar el ascenso de nuestras cordilleras. “Nuestra vida en Turbaco —escribe— era sencilla y laboriosa; jóvenes, unidos por gustos y caracteres, siempre llenos de esperanzas en el porvenir, en vísperas de un viaje que debía conducirnos a las más altas cimas de los Andes, a la vista de volcanes inflamados, en un país perpetuamente agitado por temblores de tierra, nos sentíamos más felices que en ninguna otra época de nuestra lejana expedición. Los años que se han deslizado después, no todos exentos de amarguras y penas, han aumentado el encanto de esas impresiones”.

Fue Humboldt uno de los más sabios observadores de los fenómenos arqueológicos de América, en torno de los cuales formuló hipótesis que en los últimos años han cobrado vigor y alguna validez científica, no obstante los escasos recursos técnicos y la deficiente información con que se contaba en aquella época cuando la arqueología, la etnografía, la lingüística aborígen, en fin, las distintas ramas científicas que hoy se agrupan bajo el término genérico de Antropología, estaban apenas en sus comienzos, y cuando de las huellas prehispanicas de las antiguas culturas apenas si se tenía noticias referentes a las estructuras de carácter monumental. El sabio alemán vio ya desde aquella época un fondo cultural común entre pueblos de regiones asiáticas como la India y muchos pueblos de América, al igual de lo que han pretendido demostrar recientemente investigadores de la arqueología americana como Gordon F. Ekholm y Robert Heine-Geldern, quienes han establecido evidentes paralelos entre el arte simbólico Maya y el del sureste de Asia.

Ciento cincuenta años antes escribía Humboldt en *Cuadros de la Naturaleza*, inspirado en las mismas conclusiones de sus trabajos arqueológicos comparativos, lo siguiente acerca de los supuestos antecedentes de las culturas aborígenes del Nuevo Mundo:

“Creo haber dosmostrado en la obra intitulada *Panoramas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, que los pueblos occidentales del nuevo continente habían tenido relaciones con el Asia oriental mucho antes de la llegada de los españoles. La analogía de los calendarios mejicanos, tibetanos y japoneses, de las pirámides de gradas orientadas con toda exactitud, los antiguos mitos acerca de las cuatro edades o los cuatro cataclismos del mundo y la dispersión de la raza humana después de una gran inundación, son otros tantos indicios en apoyo de esta creencia. Lo que se ha publicado después de mi libro, en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, acerca de las singulares esculturas ejecutadas casi en estilo indio, halladas entre las ruinas de Guatemala y Yucatán, da todavía mayor valor a las analogías que señalaba”. Pero Humboldt no se limitó al planteamiento de estas hipótesis, sino que se formuló inmediatamente la pregunta acerca de la posible ruta seguida por los primeros emigrantes hacia América, discutiéndola con apoyo en la Geografía de la época, para rechazar la posibilidad de una ruta transpacífica por ser la distancia muy considerable y aceptar sólo la entrada a través de las islas Aleutianas. Su teoría, que es prácticamente la que ha estado en boga, la explica así:

“Las antiguas relaciones entre el oeste de América y el oriente de Asia son, a mi parecer, más que verosímiles; pero, ¿por qué caminos y con qué razas de Asia tuvo lugar esta comunicación? Imposible es por hoy el determinarlo. Pequeño número de individuos pertenecientes a la ilustrada clase sacerdotal, debía indudablemente bastar para producir grandes cambios en el estado político de la América occidental. Las fábulas en otro tiempo esparcidas de expediciones chinas al nuevo continente, se limitan realmente a viajes por mar al Fusang o al Japón. Pudo también suceder, por otra parte, que japoneses o sian-pi de Corea fueran arrojados por la tempestad a las costas de América. Está históricamente demostrado que Bonzes y otros aventureros navegaron por el mar de la China para ir

a buscar un remedio que asegurase la inmortalidad a los hombres. Así fue como bajo Tshin-chi-huang-ti, 209 años antes de la era cristiana, trescientas parejas de jóvenes de ambos sexos, enviados al Japón, se establecieron en Nipón, en vez de volver a China. ¿No podría haber llevado el acaso expediciones semejantes a las islas Aléuticas, a Alaska o a la Nueva California? Corriendo de Noreste a Sud-Este, las costas occidentales de América, mientras que se inclinan las orientales de Asia de Nord-Este a Sud-Oeste, la distancia entre ambos continentes, hacia los 45° de latitud, en la región templada, la más favorable al desarrollo intelectual, es demasiado considerable para que haya podido establecerse fortuitamente una colonia asiática en estos parajes. Es, pues, preciso suponer que el primer desembarque se verificó bajo el clima inhospitalario de los paralelos 55 y 65, y que la civilización se extendió poco a poco de Norte a Sur, en la dirección que siguió generalmente la marcha de los pueblos en América. Pretendíase aún haber hallado a principios del siglo XIV, en las costas de Quivira y de Cibora (el Dorado del Norte), restos de buques procedentes de Catay, es decir, del Japón o de la China”.

Y Humboldt vino a América y encontró al nativo que ya conocía, que había aprendido a respetar y hasta envidiar, no obstante las rudimentarias formas de su cultura. El impacto espiritual de América había sido tremendo en la Europa del siglo XVIII. Como escribe Giraldo Jaramillo, “para el europeo fatigado por siglos de lucha, angustiado por la presencia de problemas innumerables, agobiado por el peso de graves preocupaciones económicas, políticas y espirituales, América fue ante todo, fantasía, esperanza, ilusión, frente al paraíso perdido de la libertad, ahogado por el despotismo de señores feudales y de príncipes renacentistas, América representa para el europeo el paraíso de la dignidad del hombre”. Y en verdad Humboldt y Bompland se habían fugado de este mundo caótico en que estaba sumida Europa en el momento de su partida. Las velas del barco que debía conducirlos a América se hincharon furtivamente por entre la encrucijada de los bajeles enemigos que Inglaterra había dispuesto en cerco de bloqueo sobre las costas de sus rivales, España y Francia. El proceso de la libertad de los pueblos culminaba en varios países y la libre determinación de los grupos humanos empezaba a tornarse como fundamento

De regreso a Europa, después de haber transitado más de 9.000 leguas por los caminos de América, Humboldt dedicó casi todo el resto de su vida a escribir páginas brillantes sobre el Nuevo Mundo: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, *Cuadros de la Naturaleza*, para no citar sino algunas de sus obras fundamentales y que cimentaron su prestigio universal de hombre de ciencia, están dedicadas a la descripción del Mundo Americano, sin contar los capítulos y las numerosas referencias que sobre estos territorios consigna en su obra maestra: *Cosmos*, en cuyas páginas Humboldt aparece, no sólo como genial naturalista, sino también como profundo filósofo, historiador y humanista de extraordinarias calidades.

Pero Humboldt no escribió en su obra sobre América las páginas que son frecuentes en los viajeros del siglo pasado y aun en los de hoy acerca de las penalidades que sufre el explorador en estas latitudes y sobre la supuesta agresión del trópico a la vida humana. Todo lo contrario. Su correspondencia con sabios y amigos está llena de frases gratas en torno al ambiente en que se desarrollan sus actividades. Se sintió feliz en nuestros medios, no solamente por las ingentes posibilidades que le ofrecían para sus observaciones científicas, sino también por el espectáculo de una naturaleza que le brindaba profundas emociones y en la cual siempre se sintió sano de cuerpo y de espíritu. En 1800 escribía desde algún lugar de las márgenes salvajes del Orinoco a su amigo Fourcroy: "Me limitaré a decir de nuevo que gozo de la mejor salud del mundo; que he sido colmado de atenciones por los habitantes de estos países y que las recomendaciones y permisos del Gobierno español me han dado toda facilidad imaginable para hacer investigaciones útiles a la ciencia; los aparatos e instrumentos más delicados no se han dañado, y aun en medio de las misiones de los indios Chaymas, en las montañas de Toumiriquí, he tenido montado mi laboratorio como si me encontrara en el Hotel Boston, de la Rue Colombier". En el mismo año escribía a su hermano Guillermo lo siguiente: "No dejaré de repetirte cuán feliz me encuentro en esta parte del mundo, a cuyo clima me he habituado de tal manera que me parece que no he habitado jamás en Europa. No

de la filosofía política después del 800. Así Humboldt proclamó la igualdad de derechos entre indios y españoles, se indignó ante el sistema aberrante de la esclavitud y proclamó a los cuatro vientos la igualdad de posibilidades intelectuales entre todas las razas sobre la base del origen común del género humano. Había aprendido a respetar las poblaciones nativas y mestizas de América, a concederles el derecho de practicar sus formas de vida cuandoquiera que éstas no iban directamente contra natura y aun a desear su independencia política. Se sintió emisorio del mundo culto de su tiempo, a la vez que de los vientos de libertad que empezaban a soplar en distintas direcciones desde Occidente. Así, el indio americano fue juzgado por el autor de *Cosmos*, no con los términos e improprios con que fue presentado por el Obispo de Santa Marta, Fray Tomás Ortiz, quien, para justificar su esclavitud, termina en 1525 su memorial diciendo “que nunca crió Dios gente más cocida en vicios, i bestialidades, sin mezcla de bondad, o policía”; ni tampoco con el candoroso criterio de Las Casas, para quien los nativos eran criaturas “a quienes crió Dios los más simples, sin maldades, ni doblezes... sin renzillas, ni bollicios, no rixorosos, no querulosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganzas”. Humboldt vio en el habitante del Nuevo Mundo una gama de formas de vida y de civilización admirables unas, reprobables otras, practicadas por pueblos a quienes cobijaba el derecho a su libertad y a incorporarse voluntariamente a la vida cristiana y civilizada. Vio en el culto a las fuerzas del mundo físico entre los nativos, en su mística, en su religión, los antecedentes, el germen de la Filosofía de la Naturaleza, la resultante del asombro y del desconcierto del indio, como de los demás pueblos primitivos de la tierra, ante la poderosa unidad de las fuerzas de la naturaleza. No las juzgó como ideas diabólicas ni abstrusas, sino como el producto de un estado de civilización en un medio que las propicia. “En el comercio íntimo con la naturaleza —afirma— en la vivacidad y profundidad de las emociones a que da vida, es donde se encuentran también los primeros impulsos hacia el culto, hacia una santificación de fuerzas destructoras o conservadoras del Universo”. Es evidente, como lo anota el sabio alemán, que es aquí donde se encuentra el origen del panteón de las deidades introducidas en las religiones de la América Prehispánica.

existe quizá en el universo países donde se pueda vivir de una manera más agradable y más tranquila”.

Humboldt no fue indiferente a los movimientos políticos que se sucedieron en América después de su regreso a Europa. Profundamente convencido de las posibilidades futuras de estas vasta comarcas, consideró siempre la empresa de la independencia como uno de los medios necesarios para que realizaran su misión en el concierto de los pueblos civilizados. Y su casa fue en no pocas ocasiones un refugio para los que planeaban y se aprestaban a librar la batalla de la libertad americana. El genio de Bolívar recibió en este tiempo el estímulo del sabio, a quien había confiado sus propósitos, convencido como estaba de su mesiánico destino.

Siguió de cerca el movimiento cultural de nuestro país después de su regreso al Nuevo Mundo y confió siempre en el futuro de las investigaciones científicas en la naciente república. Comisionado Francisco Antonio Zea, en 1822, para buscar profesores e investigadores que vinieran a la Nueva Granada a impulsar y fundar centros educativos, contó con la asesoría de Humboldt en la escogencia de personas calificadas y reconocidas ya por sus talentos en el campo del estudio de las ciencias naturales. Gracias a esta oportuna intervención de Humboldt vinieron hombres como Roulin, Boussingault, Gaudot y Bourdon, cuyas observaciones constituyeron un admirable complemento de la tarea de la Expedición Botánica y de Humboldt en la investigación de las realidades de la nueva república.

Mantuvo el naturalista alemán frecuentes conexiones y correspondencia con varios compatriotas nuestros, como Joaquín Acosta, José Manuel Restrepo y otros.

“En el mes de abril de 1855 —escribe Phil Hakspiel— recibió Humboldt, ya radicado en Berlín, por envío oficial del Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, los siguientes trabajos geográficos de Codazzi: el mapa de la región del Chocó, con varios apéndices del texto; un cuadro geográfico y estadístico de la Provincia y relación sobre los indígenas, y el mapa completo del Istmo de Panamá. Los textos fueron traducidos y publicados en 1856 en una revista alemana”.

Y las obras del naturalista alemán desde el comienzo mismo de su publicación, le abrieron las puertas de todos los centros científicos de la época y de las academias. Los hombres cultos y

los profanos devoraron con entusiasmo y avidez sus páginas, a través de las cuales la naturaleza americana iba desfilando en admirables cuadros descriptivos en un estilo ameno y sencillo, lleno de profundas reflexiones y de verdaderos descubrimientos en relación con sus causas y sus efectos.

Su influencia fue notable en muchos grandes hombres de aquellos tiempos. “Después de la batalla de Waterloo —escribe Nicolás García Samudio— cuando el emperador Napoleón llegó a convencerse de que ya no contaba con la unión de todos los esfuerzos, con la conjunción de todas las voluntades, ni con el concurso de todas las autoridades para afrontar la lucha contra las potencias aliadas, y terminaba su vida política ofreciéndose en sacrificio al odio de los enemigos de Francia, como decía en su proclama del 22 de junio de 1815, comenzaron a desplegarse ante aquella imaginación genial nuevos horizontes de grandes y gloriosas actividades que pudieran llenar y satisfacer el alma del héroe vencido. “La inacción sería para mí la más cruel de las torturas —decía al gran matemático y físico Gaspar Monge en los momentos en que dialogaba con él a lo largo de los paseos en la Malmaison antes de su salida para Roche-fort—. En adelante, continuaba, sin armas y sin imperio no veo sino las ciencias que puedan imponerse fuertemente a mi alma. Quiero hacer una nueva carrera, dejar trabajos, descubrimientos dignos de mí”. “Housaye en su obra 1815 —continúa García Samudio— relata aquellos diálogos y refiere cómo Napoleón había comenzado a leer poco antes las primeras páginas del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, que acababa de publicar el Barón de Humboldt, y que había despertado en el Emperador tan profundo interés que en aquellos supremos momentos de indecisión lo habían hecho pensar en seguir las huellas del sabio alemán por los nuevos países de América”.

Humboldt, después de su regreso a Europa, sintió en todo momento la nostalgia de ese mundo que él había descubierto en sus peculiaridades y características. La impresión del paisaje americano había sido tan profunda en su alma, que se sintió extraño en su país de origen y en no pocas ocasiones estuvo tentado a fugarse definitivamente hacia el trópico, para gastar el resto de su vida en contacto con una naturaleza y con unas gentes que él siempre había considerado como gratas a su espíritu. Los incipientes movimientos culturales que había encon-

trado en la Nueva Granada y en otros países, lo estimulaban para continuar su tarea investigativa, no ya como viajero, sino esta vez como ciudadano del Nuevo Mundo, contando, desde luego, con la libertad política que ofrecía el régimen republicano que entonces se instauraba, inspirado en los postulados de los derechos inalienables de la persona humana y que él había defendido con ardor y entusiasmo. “Tengo la idea —escribía, cuando apenas si culminaba la epopeya de la independencia— de acabar mis días de un modo más agradable y útil para la ciencia, en una parte del mundo en donde soy extraordinariamente querido y en donde todo me da razones para esperar una existencia feliz. Este es un medio de no morir sin gloria, de reunir a mi lado muchas personas instruídas y de gozar de la independencia de opiniones y sentimientos que necesito para mi felicidad”.